

Familia, mercados de trabajo y migración en el centro - occidente de México *

Patricia Arias
Gail Mummert**

INTRODUCCION

En los campos de fresa y hortalizas en el Valle de Zamora, Michoacán, se ven cada vez con mayor frecuencia numerosos contingentes de jornaleras agrícolas. En las grandes granjas porcícolas de La Piedad, se han empezado a emplear muchachas para la atención de los lechones. La fabricación de tabi-

ques en Chilchota ocupa mujeres y niñas para el transporte del tabique, una de las fases sin duda más rudas del proceso productivo. Estos tres ejemplos michoacanos de incursión de mujeres en trabajos tradicionalmente considerados como "masculinos"—impensables hace algunos años— se podrían multiplicar e ilustran que, en ciertas

* Este artículo fue presentado como ponencia en la Tercera Reunión Nacional sobre Investigación Demográfica en México que se realizó del 3 al 6 de noviembre de 1986 en El Colegio de México.

** Patricia Arias, Maestra en Antropología Social, investigadora del Centro de Estudios Antropológicos de El Colegio de

Michoacán. El trabajo que se presenta forma parte de un proyecto de investigación sobre "La pequeña empresa en el occidente rural", auspiciado por El Colegio de Michoacán. Gail Mummert, Doctora en Antropología Social, lleva a cabo una investigación sobre la diferenciación socioeconómica en una comunidad agrícola: Naranja de Tapia, Michoacán, en la misma institución.

actividades económicas, la mano de obra femenina —e infantil— está desplazando a la masculina.

Además de la redefinición de los mercados de trabajo a favor de la mujer en ciertas actividades ya existentes, llama la atención la presencia femenina en una serie de nuevas fuentes de empleo que están surgiendo en innumerables ciudades medias y comunidades rurales de la región occidental: empacadoras de frutas y verduras; talleres de confección de ropa, calzado, artículos de tejido de punto, de cuero y plástico: fábricas de dulces, de esferas navideñas. Actividades que en varios de los ejemplos mencionados ocupan exclusivamente mano de obra femenina, sin que exista necesariamente una tradición local de división sexual del trabajo que haya servido de matriz. Frecuentemente, estas nuevas actividades han dinamizado a su vez el trabajo a domicilio, también de mujeres: bordado, deshilado, costura, adorno, empaque.

Esta mayor participación de la mujer en mercados de trabajo tanto establecidos como novedosos se da en una región marcada históricamente por la migración masculina masiva hacia los Estados Unidos. Gracias a una práctica casi centenaria, esta migración ha acuñado redes y mecanismos que la reproducen y permiten a los occidentales tener acceso a puestos de trabajo en el otro lado con mayor facilidad, incluso que en otras regiones del país (Durand, 1986). El flujo de migrantes, que al parecer se ha intensi-

ficado en años recientes, se lleva a una buena parte de la mano de obra masculina en edad productiva, observándose pueblos de migrantes habitados la mayor parte del año por mujeres, viejos y niños.

Si bien es cierto que tanto la mayor participación de la mujer en el mercado de trabajo como la migración masiva de hombres hacia el país vecino están siendo documentados, nuestro conocimiento de su interrelación es fragmentario. Interesa detectar, por ejemplo, como la ausencia prolongada de los hombres influye en la inserción laboral de la mujer. Asimismo, falta medir el impacto de la creciente incorporación femenina a la fuerza de trabajo asalariada en las estrategias migratorias de las familias del Centro-Occidente. Pero, a nuestra manera de ver, un tema aún más central —y paradójicamente menos tratado hasta ahora— es el de las repercusiones familiares de este binomio “trabajo asalariado femenino-migración masculina”. Mediante la consideración de materiales antropológicos recabados en una zona michoacana y en otra jalisciense, analizaremos el impacto de estos dos fenómenos en los patrones de formación de la familia así como en las relaciones (conyugales, fraternales e intergeneracionales) al interior de la misma. Con ello, se pretende arrojar luz sobre cambios culturales que se vislumbran al nivel de la familia, que aunque muy incipientes, pueden tener repercusiones demográficas significativas a mediano plazo.

Los ejemplos escogidos son dos regiones contrastantes. Por un lado, el Bajío zamorano, epicentro de una economía agrícola rica, variada, moderna, articulada a los mercados nacional e internacional. Quizá por esa misma riqueza agrícola, la economía urbana de Zamora resulta muy dinámica y diversificada en lo que se refiere a múltiples servicios —financieros, comerciales, de transporte—, pero muy limitada en cuanto a actividad manufacturera. De hecho, ésta se reduce, en buena medida, a las empacadoras-congeladoras que trabajan de manera estacional para dar un procesamiento mínimo, aunque muy rentable, a los productos locales. Esta prosperidad del epicentro contrasta con la precariedad de su entorno, donde muchas comunidades han visto menguar sus recursos y alternativas. El contraste ha convertido a Zamora en el principal centro de atracción laboral para la región, sólo comparable al que representa Estados Unidos. El resultado ha sido la migración rural definitiva hacia Zamora o el desplazamiento cotidiano o estacional de la mano de obra hacia la ciudad.

Por otra parte, estaría Santa María del Valle, cuyas gentes, al igual que otras muchas en la región de Los Altos de Jalisco, se enfrentan perennemente a los avatares económicos de su principal actividad —la ganadería lechera— agravados por la escasez y pobreza de sus tierras y su irrefrenable fecundidad. La vía generalizada para poder vivir en el pueblo, es decir, para no emigrar

definitivamente, ha sido, generación tras generación, irse temporalmente “al norte”. A esta vía se ha sumado, desde hace unos veinte años, el esfuerzo por eludir los imponderables de la ganadería, que se ha plasmado en una tendencia cada vez más consistente hacia la manufactura, es decir, hacia la transformación de los productos locales, la utilización industrial de las habilidades tradicionales, sobre todo femeninas, y la aceptación de otras actividades industriales. El resultado ha sido una enorme y novedosa expansión del mercado de trabajo pero a nivel de cada comunidad y con base en empresas de pequeña escala o maquila (Arias, 1986).

EL BAJIO ZAMORANO

El escenario

Ubicado en la esquina noroccidental del estado de Michoacán, el Bajío zamorano comprende a 15 municipios que se extienden como satélites alrededor de la ciudad de Zamora, en un radio de aproximadamente 30 kilómetros. Esta, que junto con el pueblo vecino de Jacona contaba con cerca de 150 mil habitantes en 1980, es el centro comercial y administrativo de una próspera comarca agrícola. Desde los años 50, la región zamorana ha sido el escenario de transformaciones profundas en lo económico y en lo social.

Un cuerpo creciente de estudios —vinculados la mayoría de ellos a El

Colegio de Michoacán— ha trazado la evolución de esta región desde épocas más o menos lejanas y desde diversas perspectivas. Algunos de ellos se centran en la transformación de la base económica zamorana que significaron las obras gubernamentales de irrigación y la introducción de un puño de cultivos comerciales, entre los cuales sobresale la fresa. Otros tantos se enfocan a los movimientos migratorios que se han generado en gran medida a raíz de estas transformaciones agrícolas, tanto los de atracción (básicamente de mano de obra agrícola procedente de los municipios circundantes) como los de expulsión (principalmente el éxodo de los hombres hacia los Estados Unidos). Un autor en particular (Verduzco, 1984) ha hecho un esfuerzo admirable por interrelacionar los dos fenómenos. Sin embargo, una vertiente hasta ahora poco estudiada es el impacto de éstos en las familias de la región zamorana.

Nuestro esfuerzo por dilucidar este tema se basa en una sistematización de materiales recabados por diversos investigadores en los municipios de Zamora y Jacona así como en diez poblados de los municipios aledaños.¹ Aunque los diez varían considerablemente en términos de tamaño, faci-

dad de acceso al centro urbano Zamora-Jacona, y naturaleza de su vínculo con éste, comparten cuando menos tres características. Con poca relación entre sí, estos pueblos conforman la región de abastecimiento de mano de obra barata al mercado de trabajo zamorano. Cabeceras municipales la mitad de ellos, son pueblos con base agrícola donde las oportunidades de empleo no agrícola a nivel local son escasas (con las notables excepciones de Chilchota, Santiago Tangamandapio y Tangancícuaro). Por último, los une su alto índice de migración masculina, principalmente hacia California en los Estados Unidos.

Evolución reciente del mercado de trabajo

Las mejoras en el sistema de irrigación del Valle de Zamora realizadas en la década de los 50 permitieron una intensificación del uso del suelo y la introducción de nuevos cultivos de gran valor comercial como la fresa.² Beneficiando a ciertos grupos, perjudicando a otros, estas transformaciones agrícolas se tradujeron en una diversificación de la estructura económica

¹ Los pueblos considerados son: Chavinda, Chilchota, El Platanal, Gómez Farfás, Guadalupe (nombre ficticio), San Simón, Santiago Tangamandapio, Tangancícuaro, Tlazazalca y Ucácuaro.

² Este esbozo de las transformaciones agrícolas, laborales y poblacionales ocurridas en el Bajío zamorano en los últimos 30 años se apoya en Verduzco (1984) y Verduzco y Calleja (1982).

del Bajío zamorano. La fiebre fresera, además de dinamizar el sector agrícola, posibilitó la emergencia de una pujante agroindustria: las empacadoras-congeladoras de fresa. Para 1978, habían surgido 18 plantas; actualmente su número rebasa las 22 y procesan también otras frutas. Simultáneamente se expandieron los sectores comercial y de servicios en respuesta directa al auge agrícola. Aparecieron nuevos establecimientos para cubrir las necesidades de los agricultores (venta de insumos y maquinaria agrícola, oficinas del aparato burocrático SARH, ANAGSA, Banrural, etc.) así como las de una población urbana en constante crecimiento (educación, esparcimiento, salud, alojamiento).

La demanda de mano de obra para esta economía en rápido proceso de diversificación desencadenó movimientos poblacionales hacia la ciudad de Zamora desde los municipios circundantes e inclusive desde Guanajuato y Jalisco. Vinieron artesanos, técnicos, comerciantes, y algunos profesionistas, pero los jornaleros agrícolas conformaron el grupo más numeroso de inmigrantes. Muchos de éstos se instalaron permanentemente en colonias marginales de Zamora. Allí, a diferencia de sus lugares de origen, existía la posibilidad de incorporar a toda la familia a la fuerza de trabajo remunerada (Verduzco, 1984:320). Hoy día, en colonias como La Lima y la Jacinto López es muy extendido el empleo femenino e infantil: mujeres y niños trabajan como jornaleros y pepenado-

res, pero sobre todo en el sector servicios (Gutiérrez, 1986:21,25)

En efecto, la participación femenina en el mercado de trabajo zamorano en las últimas décadas ha ido en constante aumento. De 1950 a 1980, la proporción de la PEA del municipio de Zamora conformada por mujeres casi se duplicó, pasando de 16.36 a 28.77 por ciento. (Gallo, 1986:32). Esta reorientación del mercado de trabajo a favor de la mujer obedece a múltiples factores, pero aquí resaltaremos dos de los principales. Por el lado de la demanda de mano de obra, la innegable ventaja que representa para el empleador contratar a una mujer, ya que ésta acepta menores salarios y peores condiciones de trabajo.³ Por el lado de la oferta de mano de obra, la cada vez más apremiante necesidad de multiplicar las fuentes de ingreso monetario del grupo doméstico.

El empleo agroindustrial representa una importante fuente de empleo para las mujeres del Bajío zamorano: en el ciclo 1978-1979 las 18 empacadoras en operación llegaron a contratar

³ Las razones de esta situación son al parecer múltiples y sugieren todo un campo de investigación al respecto. Por lo pronto se podría adelantar que influyen lo relativamente reciente del fenómeno, la falta de elementos de comparación y la coincidencia entre las relaciones de género y de clase para conceptualizar el trabajo femenino.

hasta 16 mil obreras en las épocas de mayor producción de la fresa. (Arizpe y Aranda, 1981:4). Allí, son casi exclusivamente obreras las que aseguran el procesamiento de la frutilla: el despate, la selección y la congelación. Se trata fundamentalmente de jovencitas solteras, cuya edad fluctúa entre los 12 y 24 años, aunque se emplean también algunas mujeres de mayor edad. Estas tienden a ser viudas, abandonadas o divorciadas que sostienen a sus hijos y/o demás familiares (Arizpe y Aranda, 1981:16)

Las mujeres representan una proporción cada vez mayor de los contingentes de jornaleros agrícolas en los campos de fresa, jitomate, papa, cebolla y tomate del Valle. Frecuentemente acompañadas por sus hijos, estas jornaleras laboran por un salario mucho menor al que se le paga a un hombre. La estrategia de los empleadores de sustituir la mano de obra masculina por la femenina para disminuir los costos de producción se observaba ya a fines de la década pasada. (Morett, 1978: 103) Indudablemente, esta tendencia está ligada también a la emigración masculina.

La expansión de la participación femenina en la fuerza de trabajo zamorana se ha dado igualmente en las ramas de comercio y servicios. Maestra, cajera, enfermera, sirvienta, cocinera, oficinista, dependiente de comercio son algunos de los puestos que han ocupado. En el caso de estos dos últimos, la mujer ha reemplazado al varón, como atestigua una oficinista zamora-

na con alrededor de 50 años de antigüedad: "Cuando yo entré a trabajar, en las oficinas había puros trabajadores y yo era la única mujer; ahora es al revés, pues en la misma oficina somos puras mujeres y dos hombres." (Gallo, 1986:80) Gracias, en muchas ocasiones, a una tradición familiar de venta, existe un número importante de mujeres comerciantes en Zamora. Actualmente el 43 por ciento de los locatarios y el 60 por ciento de los vendedores de piso del mercado principal son del sexo femenino. (Palpieris, 1986: 29)

Este breve panorama de los trabajos desempeñados por mujeres en el Bajío zamorano ilustra que su incorporación al trabajo asalariado se ha dado en una variedad de sectores y, en ocasiones, en sustitución de la mano de obra masculina. Además, es importante señalar que muchas de las mujeres que desempeñan estos trabajos acuden a Zamora-Jacona desde pueblos y ranchos, transportándose distancias de hasta 30 kilómetros. Las empleadas de las empacadoras, por ejemplo, vienen diariamente de los siguientes municipios: Chavinda, Ecuandureo, Jacona, Tanhuato, Tangancícuaro, Tangamandapio, Villamar, Vista Hermosa, Zamora. (Rosado, 1986) Las condiciones precarias del empleo que obtienen el grueso de las trabajadoras rurales en el núcleo urbano —exacerbadas por la ausencia prolongada de los esposos migrantes— obligan a muchas de ellas a combinar una serie de trabajos simultáneamente, o según la época del año. Se encuen-

tran casos de jornaleras que también lavan o planchan ajeno, o se dedican a la venta de antojitos por la noche. El servicio doméstico, el empleo en las empacadoras, el jornalero y el autoempleo en la venta de comestibles son fuentes de ingresos que tienden a rotarse a lo largo del año. (Gallo, 1986:82; Arizpe y Aranda, 1981:22)

En conclusión, la creciente incorporación de la mujer al mercado laboral zamorano no se explica simplemente en función de la ampliación de la oferta de trabajo ni de las ventajas relativas para el empleador. Para la mayoría de las trabajadoras que pertenecen a los estratos económicos más bajos, su participación económica se inserta en un contexto de deterioro de la agricultura tradicional que caracteriza a los pueblos que proveen de mano de obra a Zamora-Jacona y de necesidad de ingresos monetarios para sostener a la unidad doméstica. Dicha necesidad se vuelve más apremiante en caso de irregularidades en las remesas del jefe de familia emigrado. Como veremos, dicha incorporación de la mujer/madre o hija tiene claras repercusiones a nivel de la organización de la vida familiar.

Cambios en la familia: formación y relaciones

El noviazgo en el Bajío zamorano está fuertemente influido por la emigración al norte de una buena parte de los varones "casaderos" y por la incor-

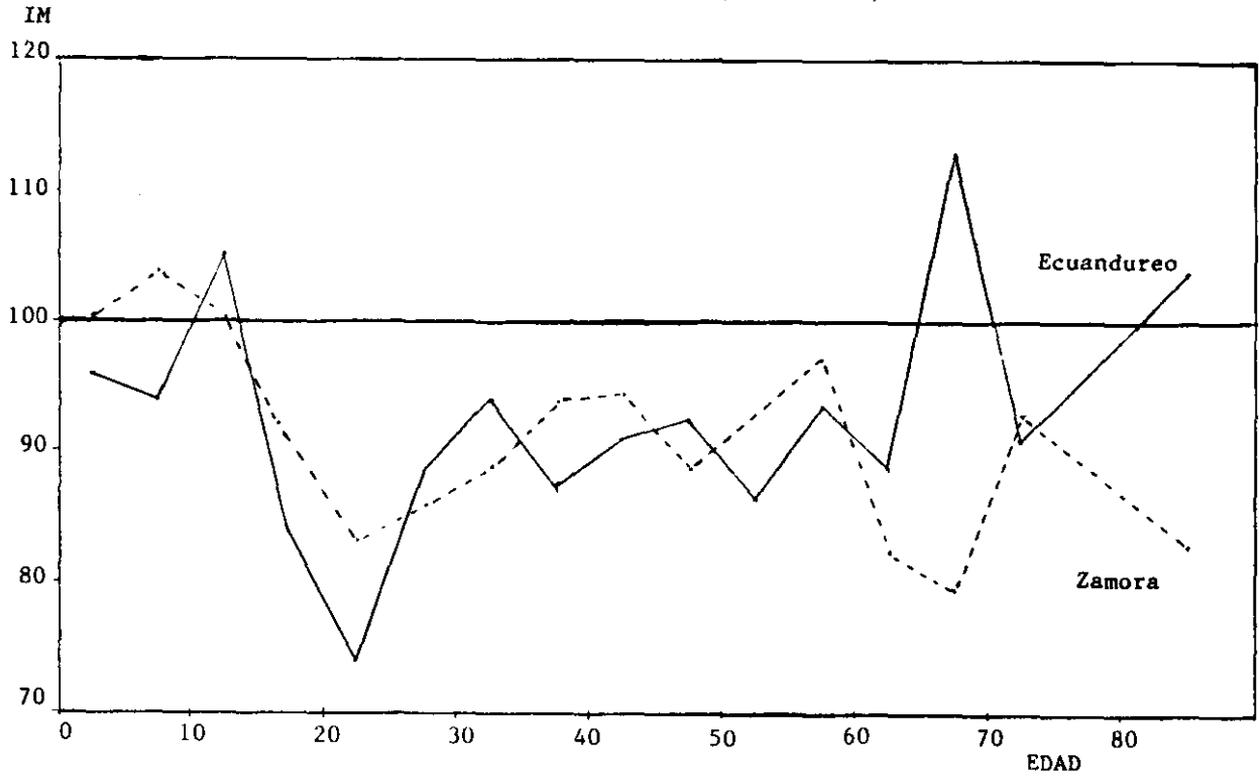
poración de jovencitas a la fuerza laboral. En un contexto de escasez relativa a volverse "quedada" o "cotorra" como se dice en la región para una mujer aún no casada a los 20 años (Arizpe y Aranda, 1981:16) produce una competencia enconada por los pocos varones disponibles. (Gallo, 1986:64) El índice de masculinidad de los municipios de Zamora y de Ecuandureo, al noreste, es ilustrativo del desequilibrio entre los efectivos de los dos sexos. (Ver gráfica 1). El índice presenta una forma sumamente atípica, con un marcado déficit del sexo masculino en edad productiva (de los 15 a los 65 años) que no es atribuible a una mortalidad diferencial por sexo.

Por otro lado, en ocasiones, el hecho de que la jovencita esté ganando un salario es motivo suficiente para que sus padres repriman sus noviazgos a temprana edad. Es evidente que la familia teme perder ese ingreso fundamental. Se observa este patrón de represión en San Simón, pequeña comunidad ejidal del municipio de Ixtlán, de donde salen jóvenes hombres y mujeres entre 16 y 20 años a la recolección de la fresa. (Hernández, 1986: 49)

En la región zamorana se nota la tendencia hacia una mayor exogamia en los matrimonios. Una vez más, los fenómenos de migración masculina y de expansión del mercado de trabajo femenino se conjugan para imprimir una dinámica particular a la selección del cónyuge. Los jóvenes de hoy en día —tanto mujeres como varones—

GRAFICA 1

INDICES DE MASCULINIDAD DE LOS MUNICIPIOS
DE ZAMORA Y ECUANDUREO (JUNIO 1980)



cuentan con mayores oportunidades de entrar en contacto con parejas potenciales de otras latitudes, y de instalarse a vivir fuera del lugar de origen. Luciendo su recién conquistado poder de compra, las jovencitas de los ranchos aledaños a Zamora —empleadas de empacadoras, oficinistas, etc.— destinan una parte considerable de su salario a ropa y diversiones. De Ucácuaro, por ejemplo, se visten muy elegantemente para pasearse los domingos en Zamora, donde conocen a muchachos de la ciudad. En realidad, por su forma de ser “checan” cada vez menos con los adolescentes de sus lugares de origen y los casos de matrimonio con “fuereños” se multiplican. (Escamilla, comunicación personal)⁴

Por su parte, los varones que andan probando suerte en el norte también llegan a tener novias de ese país. Al parecer, este tipo de matrimonio binacional encuentra aún mucha resistencia de parte de los padres del joven, muy probablemente por el temor a la ruptura de relaciones familiares y al distanciamiento. Cuando la noticia de que un hijo ausente se anda casando con una “norteña” llega

al terruño, la madre de familia se moviliza para traer al errante al pueblo para que escoja una mujer más adecuada. (López, 1986) Con todo, estos matrimonios sí llegan a celebrarse, gracias tal vez a la insistencia de las novias que vienen a conocer el pueblo y los familiares del novio. (Escamilla, comunicación personal)

Las preferencias matrimoniales pueden llegar a definirse fundamentalmente en función de la migración. Guadalupe, pueblo de migrantes en donde un buen número son legales, constituye un caso de ello. En esta localidad el tener o no tener papeles se ha convertido en un factor de diferenciación social y de paso en el criterio de mayor peso para la selección de la pareja. (Reichert y Massey, 1980:23) Existe una creciente presión de parte de los padres para que sus hijos se casen con uno con el mismo estatus migratorio. La unión de una mujer con papeles y un hombre sin ellos es particularmente reprimida, pues desperdiciaría una oportunidad de oro de ganar dólares, que no así el caso contrario de un hombre con papeles y una mujer sin ellos. Los padres, conscientes del valor económico que representa el contar con la residencia legal en Estados Unidos, también advierten a su prole de cuidarse de las personas que se interesan más en los bienes que en el futuro cónyuge. (Reichert y Massey, 1980:25)

Una vez casados, los novios tradicionalmente iban a vivir unos años a casa de los padres del novio hasta estar

⁴ Las referencias a Ucácuaro en este apartado se basan en conversaciones con la Sra. Hilda Escamilla, residente del rancho, cuya propia historia laboral inicia a los 14 años con una ida al norte e incluye temporadas de empleo en empacadoras de fresa y en el servicio doméstico en Zamora.

en condiciones de independizarse. Pero, por lo menos en una comunidad del Bajío zamorano, esta práctica de patrilocalidad está cediendo ante el embate de la nueva posición de las trabajadoras. Santiago Tangamandapio, cabecera municipal localizada a 22 kilómetros de Zamora, se distingue de la mayoría de los pueblos de la región por desarrollar una dinámica actividad industrial: la fabricación de ropa de tejido de punto. Además de unos 50 talleres que emplean mano de obra asalariada, en años recientes se ha dado un incremento espectacular en el número de tallercitos, o empresas familiares con unas cuantas máquinas tejedoras. (Wilson, 1986:6) Aquí, al igual que en el caso de la agroindustria zamorana, se trata de un empleo destinado prioritariamente a mujeres jóvenes, aún solteras. Mediante la combinación de temporadas de trabajo en las congeladoras de fresa de Zamora-Jacona con otras en los talleres de ropa, jovencitas de 15 ó 17 años llegan a acumular una gran experiencia laboral, considerable habilidad en el trabajo e importantes ahorros. (Wilson, 1986:7)

Dado que la industria del tejido cuenta con un cuarto de siglo en Tangamandapio, se empieza a notar el impacto de ahorros de las generaciones de madres e hijas. Muchas destinan sus ahorros a la compra de un lote para construir una casa propia, acortando de esta manera el tiempo necesario para independizarse. Si es necesario, los recién casados (o la hija en

caso de emigración del esposo) viven en casa de los padres de la novia, donde ésta no se halla en la situación subordinada que fue el destino de generaciones anteriores de nueras en casa de los suegros. Wilson (1986:14) relaciona este paso de la patrilocalidad a la matrilocalidad e inclusive la neolocalidad en Tangamandapio con los cambios en el papel y la autoimagen de la mujer que han acompañado a su incorporación a la fuerza de trabajo remunerada, destacando su nuevo poder de compra y de decisión.

El tema de la formación de la familia —el periodo de noviazgo, las preferencias matrimoniales y los patrones de residencia— es inseparable del de las relaciones al interior de la misma. Es claro que éstas deben modificarse y adaptarse a las nuevas situaciones creadas por la ausencia prolongada del jefe de familia y por la incorporación de las mujeres al mercado de trabajo.

A nivel de las relaciones conyugales, desde tiempo atrás la migración ha representado una salida a los conflictos entre marido y mujer. Que la ida al norte haya sido la huída de responsabilidades es un hecho confirmado por el importante número de mujeres abandonadas en pueblos de migrantes como Chavinda (Cárdenas, 1982:9) y Tangamandapio (Wilson, 1986:11). Pero la migración masculina temporal —de lejos el caso más común— ha introducido una serie de nuevas tensiones en las relaciones conyugales. De estas, tal vez las más espinosas sean las

que nacen en las sospechas mutuas de infidelidad. El testimonio de un sacerdote de Tlazazalca es elocuente al respecto: "(Los hombres) vienen llenos de soberbia, gritando y emborrachándose, golpeando a la mujer que se quedó esperando. Muchas veces las acusan de infidelidad y es que después de que se fueron por diez años quieren encontrarlas igual, sentada, tejiendo y esperando." (Hernández, 1985:66)

Otra fuente de conflicto entre marido y mujer concierne el derecho y la necesidad que tiene ésta de trabajar. Si bien la ausencia del jefe en ocasiones facilita la inserción laboral inicial de su mujer, el punto no deja de ser fuente de discordia en muchos hogares. Indudablemente han ocurrido ciertos cambios ideológicos: la idea del trabajo femenino no encuentra el mismo rechazo que en los años 50 cuando algunos maridos se paraban en la puerta de las empacadoras para impedir el acceso a sus esposas (Escamilla, comunicación personal) y los empresarios pedían misas en sus plantas para limar la oposición de los curas a que las jovencitas salieran de sus casas a trabajar. (Arizpe y Aranda, 1981:21) Pero no es menos cierto que, por regla general, la mujer en el Bajío zamorano se retira del trabajo remunerado al contraer nupcias. En localidades como Tangamandapio empiezan apenas a brotar casos de recién casadas que presionan a sus esposos para obtener su permiso de seguir laborando. (Wilson, 1986:18)

Por último, las relaciones intergeneracionales han sido profundamente

alteradas por el hecho de que jóvenes menores de 20 años ganen un salario. Aunque considerado en la mayoría de los casos como un complemento al ingreso familiar, el salario del joven puede ser en realidad una parte considerable del presupuesto familiar. Evidentemente, cuando se trata de una hija, por lo general el ingreso se pierde cuando ésta se casa. (Ramírez, 1986: 131) Aquí, parecerían estar en juego dos fuerzas encontradas: por un lado, el deseo de los padres de controlar el dinero ganado por sus hijos menores de edad, y por el otro, el deseo del joven empleado de disponer de lo que gana. En la práctica, aparentemente predomina la autoridad paternal, particularmente en el caso de las jovencitas, a quienes se les exige una actitud de obediencia absoluta hacia sus progenitores. Entre las obreras jóvenes de las empacadoras, "es muy común que le entreguen el salario semanal íntegro al padre o a la madre, quienes les van dando poco a poco el dinero que necesitan para sus gastos." (Arizpe y Aranda, 1981:23)

Pero, al mismo tiempo, por joven que sea, la hija que gana un salario modifica con ese simple hecho el esquema tradicional de poder y de toma de decisiones al interior de la familia. Para ello, cuenta también con el ejemplo de su madre que como esposa de migrante se ha visto en la necesidad de tomar ciertas decisiones de orden doméstico o familiar en ausencia del jefe, situación que puede llegar a convertirla en jefe de *facto*.

(Mummert, 1986:4) En base a su observación de Tangamandapio, Wilson (1986:13) señala ciertos atisbos de un nuevo poder de decisión de las jóvenes trabajadoras, que van desde la compra de ropa hasta la plática con el novio en la puerta de su casa e inclusive la ocasional salida subrepticia al cine con éste. También nota una mayor exigencia de las trabajadoras para que sus futuros esposos les den "el diario", o sea para asegurar que cumplan con sus responsabilidades domésticas. Atisbos seguramente de mayores cambios, producto de la particular combinación de elementos que conforman las familias, los mercados de trabajo y los patrones migratorios en el Bajío zamorano.

SANTA MARIA DEL VALLE

El escenario

Hasta la década de los sesenta las principales actividades económicas de Santa María del Valle, pequeña e incomunicada comunidad de Los Altos de Jalisco⁵, eran la agricultura de tempo-

ral que dejaba maíz y frijol y la de humedad donde se sembraba linaza y trigo; la ganadería de leche; la engorda de puercos y el bordado y tejido de enseres de casa o prendas de vestir. Salvo el maíz y el frijol —que servían de alimento e insumo— los productos de estas actividades se vinculaban a la economía regional urbana más próxima —molinos, fábricas, acaparadores de Arandas, Atotonilco, La Capilla— y cada unidad doméstica procuraba combinar todas ellas con base en la utilización de la mano de obra familiar organizada por sexo y edad. Los hombres desde los 12 años se encargaban de las labores agrícolas y de la ganadería de leche; las mujeres del bordado, el tejido y, con auxilio de los hijos pequeños e hijas, de la atención a los puercos. Estos quehaceres femeninos se combinaban en tiempos y espacio con las tareas domésticas ya que no suponían desplazamientos fuera del hogar: los puercos se engordaban en los patios de las casas con los desperdicios y lo que los hombres les acarreamos y se vendían a los acaparadores de un pueblo vecino que los recogían en los domicilios. De esa misma localidad y del mismo modo les compraban los bordados y tejidos que tarde a tarde realizaban en las puertas de las casas. Aunque generador neto y continuo de dinero, el trabajo femenino se reconocía y valoraba más en términos de atributo conyugal —esposa diligente, organizada, que ayudaba a su esposo— que en función de la contribución económica que representaba.

⁵ Santa María es delegación de dos municipios de la región: Arandas y San Miguel el Alto. Por esta peculiaridad resulta difícil conocer su población y nos atenemos a la cifra de 2 mil habitantes que proporciona una antropóloga que estudió el municipio de Arandas a principios de la década de los setenta (García, 1975).

El trabajo asalariado local estaba restringido en un doble sentido: se requería poco y sólo para algunas actividades agrícolas y ganaderas y ocupaba exclusivamente a los hombres. En realidad la mayor venta de fuerza de trabajo, imprescindible en una comunidad donde la exuberancia demográfica (más de diez hijos por familia) siempre ha contrastado con lo escaso y magro de los recursos, se realizaba directamente en los Estados Unidos y se circunscribía también a los hombres. Desde la fundación del pueblo a principios de siglo pero sobre todo a raíz de la cristiada, los marianos tuvieron que salir de su terruño y lo hicieron en dos direcciones: Guadalajara y los Estados Unidos. Este último destino resultó sin duda más exitoso: muchos se instalaron del otro lado y se tejieron las redes por las que transitan hasta hoy los habitantes de Santa María del Valle.

Pero si bien la demografía y la economía han impuesto la emigración, han sido la organización familiar y social locales las que la han definido y pautado. Ellas han aceptado que los hombres jóvenes —solteros o casados con hijos pequeños— se vayan al norte en busca de dinero para ayudar a sus familias de origen o para generar un patrimonio propio (terreno, casa, cuartos, animales, zahurdas). Ellas han garantizado asimismo los derechos locales del ausente y han velado por el cuidado y comportamiento de las familias que dejan, particularmente sus mujeres. Durante la ausencia de los

maridos, sus cónyuges deben permanecer con sus familias de origen o las de sus esposos, al cuidado de los niños, colaborando con las tareas domésticas de la familia donde están y “ayudándose” con lo de los puercos y el bordado.

Este modelo, alimentado por redes de relaciones por donde fluyen la información y las sanciones, ha logrado mantener durante años este patrón migratorio que da seguridad al que se va y a los que se quedan. Las historias de vida recogidas no registraron ejemplos de mujeres que hubieran atentado contra lo esperado y la proporción de marianos “desobligados” o de los que “se pierden” del otro lado ha sido insignificante. En verdad cualquier síntoma masculino en esa dirección ha sido inmediatamente detectado y enfrentado a nivel familiar o comunal con el auxilio, en ocasiones, de la autoridad religiosa. La formación de muchos matrimonios lo atestigua. Cuando algún migrante o incluso emigrado soltero ha empezado a dar indicios de querer casarse, la red de relaciones se activa hasta hacerlo regresar a Santa María en busca de esposa, ya sea para dejarla en la comunidad o para llevársela a Estados Unidos. Para las marianas el matrimonio ha sido casi la única vía de salida del hogar y del pueblo.

Esta comunidad que había logrado organizar y controlar socialmente incluso la migración internacional de su gente, empezaría en los años setenta a enfrentar ya no sólo ese fenómeno sino a vérselas también con situaciones

que introducirían nuevos elementos en la definición de los roles femeninos. Los ideales marianos de la empresa familiar independiente y de que las mujeres no trabajasen fuera del hogar empezarían a ser socavados por la demanda de mano de obra proveniente de la dinámica que tomaron ciertas actividades locales y de las que llegaron a instalarse al pueblo. A partir de la construcción y pavimentación de una nueva carretera en 1970 se redujo prácticamente a la mitad el tiempo de traslado entre Santa María, y las principales ciudades de Los Altos de Jalisco, de Guanajuato y la misma Guadalajara. Aunque los primeros impulsos externos llegaron antes que la carretera, no cabe duda que ésta contribuyó a dinamizar ciertas actividades locales y una nueva integración regional.

Evolución reciente del mercado de trabajo

Hoy por hoy en Santa María ya no se cultivan linaza o trigo pero sí garbanzo para el consumo local del ganado lechero, actividad que se ha desarrollado notablemente pero cuyo producto —la leche— ya no se vende como tal. De su procesamiento se encargan las 30 queserías y cajeterías que existen en Santa María y que sacan su producción a Guadalajara y otras ciudades. La ganadería porcícola se ha incrementado también significativamente pero con dos grandes diferencias res-

pecto a las décadas anteriores: ya no se engordan puercos sino que se venden las crías para las granjas engordadoras de La Piedad y Pénjamo y además de las zahurdas caseras, donde hay de 1 a 8 vientres, hay zahurdas en los ranchos donde se explotan de 10 a 30 puercas. En las orillas del pueblo han empezado a trabajar algunas tabique-ras para las necesidades constructivas locales. Existen además 5 fábricas de esferas navideñas de vidrio soplado y 6 talleres de confección de ropa; han aparecido nuevas actividades comerciales como la venta de ropa, calzado, joyas y, por doquier, se observa el trabajo a domicilio. Las mujeres ya no bordan o tejen enseres tradicionales: su habilidad, ha sido retomada por los fabricantes de ropa de San Miguel el Alto que les llevan a sus casas pechera y faja para que las deshilen y borden. Por su parte, las fábricas de esferas que todavía usan empaque de cartón, suelen entregar el armado de las divisiones y del fondo y tapa de las cajas al trabajo a domicilio femenino.

Si bien la propiedad y el manejo de las empresas de cada actividad es familiar⁶, en casi todas se requiere de trabajo asalariado del que participan actualmente hombres y mujeres. Pero si se observa con más detenimiento, se constata que en cada actividad se contrata a personal de un sólo sexo. Así,

⁶ Salvo el caso de las esferas, donde sólo 1 de las 5 que existen opera como empresa familiar a nivel local.

los hombres se encuentran, como era habitual, en las labores agrícolas y las de ganadería de leche pero también son ellos los que se encargan ahora de los puercos en los ranchos, del trabajo en las tabiqueras y en las queserías y cajeterías locales. Por su parte, las mujeres se dedican, como siempre, al cuidado de los puercos en las casas pero además trabajan en los talleres de ropa y en las fábricas de esferas. Han incurrido igualmente en actividades comerciales novedosas y reciben trabajo a domicilio de pechera o caja.

Así vemos que en los últimos 15 años se ha dado una expansión del mercado laboral local pero con base en una división sexual del trabajo bastante tajante. Pero si observamos con más cuidado aún, se advierte que el mercado de trabajo se segmenta también de otras maneras que no resultan iguales para hombres y mujeres. Ellos pueden adscribirse a cualquiera de los empleos masculinos independientemente de su estado civil y de la distancia del lugar de trabajo. Las mujeres no. Para ellas el trabajo asalariado fuera del hogar se limita a los talleres de ropa o las fábricas de esferas de Santa María y sólo es posible en tanto están solteras, ya sea porque tienen poca edad (14-20 años) o porque de plano no se casaron⁷. Una vez casadas

salen inmediata e indiscutiblemente de ese mercado de trabajo para limitarse a las tareas domésticas y a lo que pueden llevar a cabo en sus domicilios en la cría de lechones, el bordado o el armado de cajas. En los años más recientes, varias mujeres casadas, desde sus hogares, han empezado a encargarse de los talleres de ropa y a incursionar en la venta de artículos y prendas femeninas.

Esta división sexual e incluso por estado civil del mercado laboral local no puede ser el resultado de tendencias o habilidades naturales o tradicionales ni de libre juego entre demanda y oferta de mano de obra. Parecería ser más bien la solución negociada entre la demanda de fuerza de trabajo —que no había que desechar en una sociedad pobre y necesitada de empleo— y la organización social siempre vigilante del cumplimiento y mantenimiento de roles, normas y valores tradicionales de las mujeres. Solución que les permitiera al mismo tiempo trabajar fuera del hogar y no perder valor y, por lo tanto, oportunidades en el mercado matrimonial y que garantizara que una vez casadas se ajus-

madres solteras y 1 casada de edad mayor. En esa misma semana se contaron 37 trabajadoras en los 6 talleres de costura, todas solteras. Las propietarias de talleres eran casadas y las encargadas eran 1 casada, 1 soltera y 1 madre soltera.

⁷ Una pequeña encuesta realizada el 26 de noviembre de 1985 en 3 de las 5 fábricas de esferas dió un total de 63 trabajadoras, de las cuales 60 eran solteras; 2

tarán, como siempre, al comportamiento esperado.

El reclutamiento de las obreras para la primera fábrica de esferas (1969), que fue también la primera experiencia de trabajo asalariado femenino en Santa María, ilustra claramente esta situación. El que sería el encargado de la fábrica —un señor bien reconocido de la localidad— fue con diferentes padres de familia del pueblo a explicarles el beneficio económico familiar que se ofrecía a sus hijas solteras y a darles seguridad respecto al lugar y las condiciones de trabajo: ambiente exclusivamente femenino, acuerdo de que pudiesen trabajar varias mujeres de una misma familia, comprensión frente a problemas familiares que impusieran ausencias o retardos, horario flexible la mayor parte del año. Al señor cura del lugar también se le explicó lo anterior y se dejó a su criterio la fijación de los días festivos anuales. Desde entonces la fábrica empezó a ser una cooperadora regular y generosa de todos los eventos religiosos. Resueltas las inquietudes familiares y religiosas, el encargado consiguió fácilmente y casi sin hablar con ellas a las primeras 12 obreras que necesitaba: de 3 familias salieron 3 grupos de hermanas (10 trabajadoras) y las 2 restantes eran primas de algunas de las anteriores.

La modalidad hizo escuela. El reclutamiento familiar es el que sigue vigente y al que se sumaron las fábricas de esferas posteriores y los talleres de ropa que comenzaron en la década

de los ochenta. La fábrica de esferas pionera aceptó asimismo desde el principio —y las demás también— que siempre habría una alta rotación de las trabajadoras y que tendrían que calificar continuamente mano de obra ya que las muchachas están siempre expuestas a coyunturas familiares que las demanden o bien a que cuando se casan abandonan inmediatamente el empleo. Esto se reconoce como un problema, pero sin solución. Las ventajas son que siempre hay hermanas y primas para entrar al relevo y que la calificación para el trabajo se logra en poco tiempo, si no es que llegan ya entrenadas, como en la costura. En cualquier caso, el periodo de aprendizaje no se paga.

Así parecería ser que en la medida en que las fábricas y talleres se han adaptado a las restricciones locales respecto a las mujeres pueden disponer de trabajadoras en abundancia y en las mejores condiciones para los empleadores. En ambas se les paga al destajo sin salario de protección, las expulsan o incorporan de acuerdo a las fluctuaciones del mercado, no tienen contrato de trabajo y por lo tanto no se les otorga ninguna prestación legal (Seguro Social, Infonavit, antigüedad, vacaciones). No nos ha sido posible saber si existen limitaciones específicas por el trabajo con el vidrio soplado, que es la manera de hacer las esferas navideñas, pero si las hay, en Santa María no se aplican. Aunque se reconoce que “se paga barato” y que en el caso de las esferas quizá no es

muy saludable —porque se ponen pánidas—, sus familias y ellas mismas lo justifican porque, bueno, ellas no tienen que mantener a una familia, con lo que ganan “ayudan” a sus casas y sacan para sus gastos personales y, finalmente, es sólo una etapa en la vida.

Las malas condiciones laborales del empleo femenino parecen contribuir a que permanezca como exclusivo para mujeres y se reproduzca su precariedad. Las dos experiencias de contratar mano de obra masculina en condiciones similares fracasaron en muy poco tiempo⁸. Porque si de vender la fuerza de trabajo se trata, los hombres siempre tienen la posibilidad de hacerlo mejor en Estados Unidos o en las actividades agropecuarias locales donde, aunque ganen poco, aprenden el manejo de negocios que en un momento dado les permite iniciarse por su cuenta.

Cambios en la familia: formación y relaciones

En este contexto social y laboral los cambios en las relaciones, comporta-

mientos y expectativas femeninas parecen ser lentos, paulatinos y estar circunscritos a los espacios definidos por el estado civil: ninguna mujer ha intentado hasta ahora permanecer como obrera una vez casada⁹.

Aunque en Santa María el trabajo en las fábricas y talleres incluye a muchachas de diferentes niveles socioeconómicos —y no sólo a las más pobres— no cabe duda que su ingreso representa una contribución significativa o un alivio económico para sus unidades domésticas. En cualquier caso ha acrecentado asimismo un cierto desplazamiento de las tensiones filiales y fraternales con padres y hermanos hacia las madres y hermanas. Anteriormente las muchachas tenían que negociar, no sin dificultad y regateo, el dinero para todos sus gastos personales con sus padres o hermanos mayores. Con su ingreso propio, las muchachas ya no están tan expuestas a este control masculino, aunque el resultado es un tanto ambiguo: ahora los servicios que proporcionan a sus hermanos no involucran una retribución para ellas. En realidad lo que ha sucedido es un des-

⁸ En el primer año de actividad de la primera fábrica de esferas, la cercana de la Navidad obligó al encargado a introducir un turno nocturno exclusivamente masculino que fracasó en un mes: los muchachos dejaron de acudir a trabajar. No se volvió a hacer el intento. Años des-

pués —en 1983— se instaló una fábrica de tacones de calzado que ofreció trabajo a los hombres del pueblo, que al poco tiempo desistieron y la fábrica se fue de Santa María.

⁹ Las excepciones son una señora ya grande de edad que entró hace poco a la fábrica donde se encuentran sus 2 muchachas y las madres solteras.

plazamiento de la tensión hacia el interior del grupo de mujeres de una familia: entre madre e hijas solteras; madre e hijas casadas; entre hermanas solteras; entre hermanas solteras y casadas. Todas quieren disponer de tiempo para dedicarlo al trabajo asalariado fuera o dentro del hogar y la colaboración femenina tiende a darse mediante algún pago de por medio.

Como la posibilidad de trabajar fuera del hogar cubre toda la etapa de la soltería (14-20 años) la selección de cuáles muchachas de una familia van a trabajar en las fábricas y talleres y quiénes se encargarán del trabajo doméstico supone que las primeras deben contribuir a sufragar los gastos personales de las que se quedan en la casa. Las hijas casadas que ante alguna urgencia quieren hacer más pecheras o cajas y para ello encargan el cuidado de sus hijos a la madre o una hermana soltera, deben retribuirles, en alguna medida, lo que ellas podrían ganar con su propio trabajo a domicilio. Se ha hecho también más evidente la retribución económica a las muchachas que dejan su trabajo por auxiliar a sus hermanas casadas, por ejemplo, en los periodos de posparto. Así, las nuevas tensiones que afectan los servicios parecen resolverse o mitigarse por la vía de monetarizar la solidaridad femenina.

Otro cambio que se constata —y se critica— es el uso más personal del salario por parte de las muchachas. Aunque la norma ideal sigue siendo que entreguen todo su dinero a las

madres para que ellas, a su vez, les den “para gastar”, en la práctica se da una situación intermedia: ellas dan parte de su salario o hacen el mandado semanal de la casa y el resto se lo reservan para sus gastos personales a los que día con día procuran destinar más dinero.

Aunque en Los Altos la gente siempre ha procurado ir bien vestida a la misa dominical y estrenar para las fiestas, llama la atención la elevada proporción de muchachas ataviadas a la última moda que se observa en esos días e incluso cotidianamente, en claro contraste con las obreras urbanas. El ingreso femenino, masivo y regular y la dificultad para salir y gastarlo fuera de Santa María son, sin duda, elementos que han dinamizado estas formas de consumo de las jóvenes y los que han permitido que algunas señoras se dediquen con gran éxito a su venta. Pero el elemento más crucial de esta orientación y compulsión del consumo femenino parece ser la necesidad de competir en el mercado matrimonial. Arreglarse bien ha pasado a ser una manera generalizada e insoslayable —salvo ejemplos excepcionales— para conseguir marido en una sociedad donde el matrimonio sigue siendo el valor y la expectativa para las mujeres y sus familias pero donde escasean los hombres, no existen posibilidades de salir y obtener cónyuge fuera y el tiempo para lograrlo es breve.

Una vez casadas se reduce al mínimo el consumo femenino individual para el arreglo personal. De manera

automática abandonan tacones, asumen rebozos y se incorporan al trabajo a domicilio. La oferta de esta modalidad de empleo y su precio que, aunque reducido resulta mayor que el de los enseres tradicionales¹⁰, les permite a las mujeres con esposos en Estados Unidos encargarse de buena parte del consumo cotidiano y acumular más dólares para inversiones de largo plazo. Esto parecería repercutir, en alguna medida, en una reducción de los años de migración de los maridos, o dicho de otro modo, a que los objetivos de la migración puedan lograrse en menos tiempo. Parejas formadas hace 3 ó 4 años, donde las mujeres hacen caja o deshilan febrilmente, han concretado inversiones —residencia neolocal, animales, terrenos— en un tiempo menor al de parejas de la generación anterior, aunque sin que se advierta y reconozca la contribución femenina en ello.

Por otro lado, la experiencia y habilidad acumuladas, aunadas a los efectos de la crisis y el deterioro de los ingresos familiares, han impulsado a varias mujeres casadas a iniciar actividades económicas por su cuenta pero

sin salir de sus hogares. Serían, hasta ahora, las que han instalado talleres de ropa, las que aparecen como encargadas de otros y las que venden artículos y prendas femeninas. Quehaceres donde han demostrado una gran destreza como organizadoras o vendedoras. La novedad del fenómeno, que se inició hará unos 4 años, no permite constatar cambios significativos en los roles y comportamientos conyugales o sus tendencias de fecundidad. La coincidencia de la casa con la actividad económica, por más exigente y rentable que ésta resulte, no les permite cuestionar su carga doméstica o su obligación de tener hijos, lo que les obliga a organizar peculiares arreglos con sus trabajadoras donde no es fácil deslindar las tareas obreras de las del servicio doméstico. Por si fuera poco, la habilidad femenina está limitada por su dificultad para salir del hogar: dependen totalmente de lo que les proveen de Guadalajara o León o, en el caso de la ropa, de los clientes, a veces parientes, que les llegan a comprar a Santa María. El éxito económico de dos pequeñas empresas ha resultado un tanto pírrico para las mujeres que las iniciaron. Cuando los negocios prosperaron y se hizo necesario y factible relacionarse directamente con el mercado externo, ambos fueron retomados por los maridos y pasaron a convertirse en la actividad económica familiar predominante que excluyó a las mujeres de su control.

¹⁰ En diciembre de 1985 se pagaban entre 300 y 450 pesos por una pechera que se deshila y borda en una tarde. En la misma fecha, en un pueblo vecino a Santa María donde todavía se hacen enseres tradicionales se pagaba a 100 pesos el bordado de un par de almohadones que se hace también en una tarde.

CONCLUSIONES

El Bajío zamorano y Santa María son dos zonas donde se observa una marcada reorientación de sus actividades económicas, en la que destaca la expansión del mercado de trabajo femenino. Lejos de ser transitoria, la tendencia a una mayor incorporación de la mujer al trabajo remunerado se afirma cada vez más. Varios factores contribuyen a su persistencia y expansión. Por supuesto, la necesidad cada vez más apremiante de las familias de multiplicar sus fuentes de ingreso, ligado a la abundancia relativa de mujeres. Por su parte, los empleadores han descubierto que las mujeres son las que mejor resisten los bajos salarios, la carencia de prestaciones y la inestabilidad laboral, lo que las convierte en mano de obra predilecta.

Esta ampliación del mercado de trabajo a favor de la mujer que se observa en los dos ejemplos descritos presenta algunas semejanzas. En ambos, los empleados iniciales tuvieron que crear la oferta de mano de obra, es decir, extraer a la mujer de la esfera doméstica que era su espacio y su frontera, para lo cual tuvieron que negociar con las familias y las instituciones comunitarias que eran las que podían decidir sobre ellas. En ambos casos también los empleadores han manifestado su preferencia por contratar mujeres jóvenes y solteras o, por lo menos, a quienes no tienen unidades domésticas a su cargo. De hecho, es en la etapa de la soltería donde se advier-

ten los mayores cambios en el comportamiento femenino —frente al empleo fuera del hogar, el noviazgo y las relaciones familiares.

No obstante, el fenómeno acusa asimismo sus diferencias. En el Bajío zamorano esta expansión se ha dado, por lo menos en parte, como resultado de un desplazamiento de la fuerza de trabajo masculina, en un proceso que abarca más de treinta años y donde la migración de los hombres a Estados Unidos favoreció, aunque sólo fuese por la posibilidad de ocultarles el hecho, que las mujeres empezasen a trabajar fuera del hogar.¹¹ Por las características de la economía urbana y del entorno regional, el mercado de trabajo femenino resulta bastante diversificado, por lo menos en cuanto a variedad de quehaceres, y suscita movimientos de mujeres del medio rural a la ciudad y dentro de ella. El contraste con Santa María es notable. Allí la expansión de la oferta de empleo se ha dado por una agregación de activida-

¹¹ El empleo femenino a pesar de la migración masculina tiene que ver con la necesidad creciente de las unidades domésticas de multiplicar sus ingresos y se ha convertido en una manera de enfrentar la irregularidad de las remesas que envían los migrantes, que se suscita sobre todo en los primeros meses de la estancia allá, en los cambios de empleo y en los períodos en que se está ahorrando para alguna inversión o gasto importante.

des, y en general, es más reciente, paulatina, menos diversificada y circunscrita al ámbito local.

La mayor antigüedad del fenómeno y el movimiento fuera de las comunidades que promueve son el transcurso que puede explicar, en cierta medida, los cambios aún incipientes que se constatan con mayor nitidez en el Bajío zamorano: noviazgos menos restringidos al universo pueblerino que podrían acelerar la integración urbana de mujeres de origen rural; prolongación relativa de la etapa de soltería y, por lo tanto, de la cooperación económica para sus familias de origen; cierta exogamia que crea nuevos lazos entre ciudad y campo o entre comunidades rurales; el intento de algunas mujeres por negociar su permanencia como asalariadas fuera del hogar una vez casadas. Prácticamente nada de lo anterior sucede hasta ahora en Santa María. Allí las muchachas no tienen mayor posibilidad de escoger al cónyuge ni el momento del matrimonio y siguen siendo patrimonio de los hombres de Santa María, sus ranchos y sus emigrados.

Por otra parte, las repercusiones de estos cambios en los niveles de fecundidad son sin duda difíciles de medir. El conflicto que representa para la mujer trabajar y atender casa e hijos, aunado a la separación de los esposos que conlleva la migración, podría llevarnos a pronosticar una baja en la fecundidad a mediano plazo. Sin embargo, en zonas como las que nos ocupan, dicha relación no es tan

automática ni tan directa. El matrimonio y una prole numerosa siguen siendo la meta femenina fundamental. Si bien se puede dar una prolongación de la etapa de soltería debido al empleo, en las dos zonas la mujer que cruza el umbral de los 20 años sin casarse por seguir como asalariada se arriesga a ser una quedada, lo que supone una carga a largo plazo para su familia. Por otra parte, el retorno del migrante suele ser anual e ir acompañado de la práctica de embarazar a la esposa como una manera de garantizar la fidelidad femenina. Finalmente, la solidaridad femenina, aunque monetarizada, tiende a mitigar el conflicto entre las obligaciones domésticas y conyugales y la necesidad de trabajar. Estas características de las dos zonas medianizan la relación entre el trabajo femenino y la fecundidad, por lo que no se vislumbra una tendencia clara hacia una reducción en el número de hijos.

En síntesis, los casos del Bajío zamorano y de Santa María, al arrojar luz sobre ciertos procesos de cambio en la nupcialidad, la fecundidad, la organización familiar, la división sexual del trabajo, la migración y la población económicamente activa muestran lo fértil y al mismo tiempo lo inexplorado de esta vía antropológica de estudio de microregiones para aprehender fenómenos demográficos que se resisten al análisis global.

BIBLIOGRAFIA

- ARIAS, Patricia. (1986) "Maquila, pequeña industria y trabajo a domicilio en Los Altos de Jalisco", *Relaciones*, Vol. VII, núm. 28, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- ARIZPE, Lourdes y Josefina ARANDA. (1981) Empleo agroindustrial y participación de la mujer en el desarrollo rural: un estudio de las obreras del cultivo de exportación de la fresa en Zamora, México. Trabajo realizado para la Organización Internacional del Trabajo y presentado al Seminario Tripartito Regional para América Latina sobre el Desarrollo Rural y la Mujer, Pátzcuaro, Michoacán, 24-28 agosto.
- CARDENAS, Macrina. (1982) "La función social de las esposas de los migrantes: el caso de Chavinda, Michoacán", Ponencia presentada en el IV Coloquio de Antropología e Historia Regionales, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- DURAND, Jorge. (1986) "Circuitos migratorios", Ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre Movimientos de Población en el Centro Occidente de México, México, CEMCA-El Colegio de Michoacán, 21-22 de julio.
- GALLO, María. (1986) Trabajadoras. Conformación y transformaciones de un mercado femenino de trabajo (área de Zamora, Michoacán). Reporte final de investigación, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, México.
- GARCIA ACOSTA, Virginia. (1975) La organización del trabajo artesanal e industrial en Arandas, Jalisco. México, Tesis de licenciatura en antropología social, Universidad Iberoamericana.
- GUTIERREZ, Beatriz. (1986) "Zamora: la marginalidad urbana en una ciudad media", en Carlos Herrejón, coordinador, *Estudios Michoacanos II*, El Colegio de Michoacán y Gobierno del estado de Michoacán, pp. 265-284.
- HERNANDEZ M. Miguel. (1986) "Ixtlán de los Hervores: agricultura y sociedad", en Carlos Herrejón, coordinador, *Estudios Michoacanos II*, El Colegio de Michoacán y Gobierno del estado de Michoacán, pp. 35-54.
- HERNANDEZ S. Joel. (1985) "Tlaxzalca, país de golondrinos", *Relaciones*, núm. 23, El Colegio de Michoacán, Zamora, pp. 61-69.
- LOPEZ CASTRO, Gustavo, (1986) "Tangancícuaro: población y migración", en Carlos Herrejón, coordinador, *Estudios Michoacanos I*, El Colegio de Michoacán y

- Gobierno del estado de Michoacán, pp. 191-211.
- MUMMERT, Gail. (1986) "Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y las que se van", Ponencia presentada en la Mesa Redonda sobre Movimientos Poblacionales en el Centro-Occidente de México, México, CEMCA-El Colegio de Michoacán, 21-22 de julio.
- MORETT, Jorge (1978) "El proletariado agrícola en la región de Zamora, Michoacán", *Cuadernos Agrarios*, año 1, núm. 6, pp. 96-115.
- PALPIERIS, Isabel. (1986) "Mujeres y mercados." Informe del trabajo de campo (abril-junio 1986), Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- RAMIREZ, Luis Alfonso. (1986) *Chilchota: un pueblo al pie de la sierra. Integración regional y cambio económico en el noroeste de Michoacán*. Zamora. El Colegio de Michoacán y Gobierno del estado de Michoacán
- REICHERT, Joshua y Douglas S. MASSEY. (1980) *Social Stratification in a Mexican Sending Community: The Effect of Migration to the United States*. Ponencia presentada a la reunión anual de la Population Association of America, Denver, Colorado, abril 1980.
- ROSADO, Georgina. (1986) *Las obreras de las empacadoras de fresa de Zamora-Jacona*. Informe de trabajo de campo, Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán.
- VERDUZCO, Gustavo. (1984) "Nuevas perspectivas en el estudio de la migración interna en México", en varios autores, *Los factores del cambio demográfico en México, Siglo XXI*, México, pp. 313-325.
- VERDUZCO, Gustavo y Margarita CALLEJA. (1982) *La pobreza de una economía rica: el caso de Zamora*. Cuadernos de Consulta 1. Centro de Estudios Antropológicos, El Colegio de Michoacán, Zamora.
- WILSON, Fiona. (1986) "Relaciones de género en un pueblo que se industrializa: Santiago Tangamandapio". Mecanoescrito.

